

Dossier Aniversario: Mi juego favorito

Pablo Alabarces

¿Un juego preferido? ¿Uno sólo, sin contar los deportes? (Jugué, porque nunca fui profesional, al fútbol, al rugby, al tenis, al básquet y al voley: el fútbol ganará siempre). Cuando fui chico, me encantaban los juegos de cartas –el truco (amo el truco) vino de adolescente–, que eran bastante familiares: escoba, chinchón, casita robada; un juego andaluz que le encantaba a mi abuelo y es uno de mis pocos recuerdos suyos, la básica o el chorizo; un juego que no sé de dónde vino y que mi mamá adoraba, al que llamaba choncho colorado. Algunos con naipes españoles, otros de póquer –nunca se me dio por el póquer. Tuvimos un Estanciero, un Ludomatic, una ruleta y no mucho más. Eran tiempos mucho más escasos –en oferta y en posibilidades.

De modo que supongo que, si la pregunta apunta a los juegos de mesa, me tengo que quedar con los juegos de adultos. Siempre me gustaron las trivias: la primera importante fue la Carrera de Mente. Nunca me fascinó el Teg: siempre lo pensé como sobrevaluado. De los que fueron apareciendo en el horizonte más reciente, la oferta es desmesurada y hay varios muy seductores: mis preferidos suelen ser aquellos que alguna vez puedo ganar, como el Ticket to Ride. Pero supongo que, finalmente, me tengo que decantar por un clásico: el Scrabble. Quizás, precisamente, porque contradice la norma: ganarlo es un accidente ocasional, soy un perdedor perfeccionado, cada vez pierdo mejor. Es posible que tenga que ver con la contradicción que se plantea entre la enorme competencia enciclopédica y lingüística que me jacto de tener, y el abandono total de imaginación que me embarga cada vez que veo siete letras inconexas en mi tablero y no se me ocurre absolutamente nada, ni siquiera monosílabos. Quizás sea, entonces, porque me devuelve a la humildad de que esa enorme competencia es, en realidad, un folleto mal impreso y peor leído. Un baño de realismo: nunca viene mal.